

DOMINGO IV DE PASCUA (CICLO A)

Este domingo IV de Pascua es llamado del Buen Pastor, por esto mismo en el Evangelio, en los tres ciclos, se leen textos del capítulo 10 de San Juan que hablan de la figura del Buen Pastor.

En la Oración Colecta nos dirigimos a Dios como rebaño de su Hijo: “...*para que así el débil rebaño de tu Hijo tenga parte en la admirable victoria de su Pastor*”

En la oración final (Después de la Comunión) invocamos a Dios como buen Pastor: “*Pastor bueno... haz que el rebaño adquirido por la sangre de tu Hijo...*”

Podíamos comentar esta rica eucología; pero por no alargarnos demasiado, prescindimos de hacerlo.

En los tres primeros domingos, preferentemente en el evangelio se hace hincapié en la Resurrección del Señor; en este cuarto domingo no, sino en lo que es el Señor para la comunidad.

Casi en la mitad de la Cincuentena Pascual, es más conveniente proclamar, no el hecho de la Resurrección, sino que la Resurrección es para mí, para todo hombre y que esto me está pidiendo una respuesta, una acogida.

Vamos a exponer el contenido de las tres lecturas y el estribillo del Salmo responsorial.

La Primera lectura está tomada del libro de los Hechos de los Apóstoles, 2, 14a. 36-41. Se trata de la conclusión del Discurso de Pedro el día de Pentecostés.

“*Dios ha constituido Señor y Cristo a este Jesús a quien vosotros habéis crucificado*”. Afirmará Pedro con los Once con voz alta y de una forma solemne.

Existen como dos teologías, que pueden parecer contradictorias; pero que son complementarias. Una teología habla de la identidad divina de Jesús ya desde el principio, desde la Encarnación; de aquí la importancia que se da a los evangelios de la Infancia; esta teología no se puede olvidar, pues es verdadera; hay una forma de hablar que parece que Cristo es lo que es desde, gracias a la exaltación: (Teología de la exaltación). Pedro afirmará la muerte de Jesús; pero el Padre le ha constituido por la Resurrección en Señor, en Mesías.

Dios, al resucitar a Jesús, lo ha rehabilitado y le ha otorgado, por encima de toda posible impugnación humana, el puesto de “Mesías” (= Ungido de Israel). El Mesías no es una figura aislada y solitaria, sino el que, por siempre y para siempre, da sentido y cohesión a todo Israel, en cuanto pueblo mesiánico. El hecho de que Dios haya constituido Mesías a Jesús significa que esa actuación divina ha ratificado todas las pretensiones de Jesús, rechazadas por todo Israel, dándoles una base legal incontrovertible, de modo que Israel no puede sustraerse ya por más tiempo a esas exigencias.

Al oír esto, dijeron con el corazón compungido a Pedro y a los demás apóstoles: « ¿Qué hemos de hacer, hermanos?»

De lo que se trataba, en realidad, era de convencer a Israel de su culpabilidad y de abrirle los ojos, para que se diese cuenta de la ineludible exigencia que comporta la nueva situación creada por la actuación de Dios en Jesús.

La pregunta: “¿Qué tenemos que hacer?” Expresa la perplejidad que experimenta Israel ante tal exigencia. Lucas describe de manera idéntica la reacción de los oyentes de Juan Bautista ante su llamada a la conversión: “*La gente le preguntaba: «Pues ¿qué debemos hacer?»* (Lc 3,10).

“Y él les respondía: «El que tenga dos túnicas, que las reparta con el que no tiene; el que tenga para comer, que haga lo mismo.» (Lc 3, 11)

Sin embargo, la respuesta de Pedro es totalmente distinta de la respuesta de Juan. Pedro no exhorta a un cambio de conducta moral, sino a una asimilación del fenómeno Cristo, según las ideas fundamentales expuestas en todo el discurso.

Pedro les contestó: «Convertíos y que cada uno de vosotros se haga bautizar en el nombre de Jesucristo, para remisión de vuestros pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo

La concisión de la frase refleja no tanto un influjo de la tradición cuanto la propia concepción que Lucas tiene del bautismo. A primera vista, parece que la frase consta de cuatro elementos: dos condiciones (arrepentimiento y bautismo) y dos promesas (perdón de los pecados y don del Espíritu); pero en realidad se trata de diversos aspectos del bautismo mutuamente relacionados. El bautismo surte efectos de arrepentimiento y de perdón, porque Jesús glorificado entra en relación personal con el bautizado.

Este tipo de relación con Jesucristo significa quedar bajo el radio de acción de su Espíritu.

Por primera vez en toda su obra, Lucas menciona aquí el bautismo cristiano; y lo hace como si se tratase de algo bien configurado. En el bautismo cristiano, el aspecto central, al que se refiere tanto el arrepentimiento como el perdón de los pecados, no es la inminente aparición del Dios juez, sino el reinado de Dios, la salvación que Jesús había prometido y hecho posible: “«El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; convertíos y creed en la Buena Nueva.» (Mc 1, 15)

Esto comporta un cambio estructural de la misma importancia. El arrepentimiento ya no es sólo una exigencia, sino un don, una transformación de la vida real por medio del poder salvífico de Jesús. Y lo mismo pasa con el perdón de los pecados, que ya no es una condición para salvarse, sino que expresa la realidad ya presente de la salvación ofrecida por Jesús. Esta orientación hacia Jesús es capital para entender el sentido del bautismo cristiano.

La fórmula “*en el nombre de Jesucristo*”, puede significar: “invocando su nombre” o “consagrándose a su persona”. El sentido de la fórmula es, a la vez, causal y final. Es causal, en cuanto que el acto del bautismo se considera bajo el influjo de una actuación presente de Jesús glorificado. En este caso, es el mismo Jesús glorificado el que confiere el bautismo y otorga, por medio del rito, el arrepentimiento y el perdón. Es final, en cuanto que ese acto indica una transferencia del propio ser a Jesús.

Igual que en el Antiguo Testamento Israel había quedado legitimado como propiedad de Dios por el hecho de que sobre él se había invocado el nombre del Señor: “*todos los pueblos de la tierra verán que sobre ti es invocado el nombre de Yahveh y te temerán.*” (Dt 28, 10), así ahora los cristianos, al llevar impuesto el nombre de Jesús: “*¿No son ellos los que blasfeman el hermoso Nombre que ha sido invocado sobre vosotros?*” (San 2, 7), pasan a ser súbditos de Jesús glorificado.

Con otras muchas palabras les conjuraba y les exhortaba: «Salvaos de esta generación perversa.»

La exhortación a ponerse a salvo recoge el elemento central del v. 21: “*Y todo el que invoque el nombre del Señor se salvará.* =”; pero al mismo tiempo, indica algo nuevo con respecto a lo anterior: esta salvación va a conducir a una separación. Los creyentes tienen que ponerse a salvo, separándose de “esta generación depravada” *Se han pervertido los que él engendró sin tara, generación perversa y tortuosa.*” (Dt 32, 5)

Los que acogieron su Palabra fueron bautizados. Aquel día se les unieron unas 3.000 almas.

Lo que quiere decir Lucas es que el efecto del discurso fue asombroso. El estribillo del salmo responsorial es el primer verso del salmo 22. *“El Señor es mi pastor, nada me falta”*. El tema pastoril brinda unas cuantas imágenes elementales: verdor, agua, camino.

Segunda lectura: 1Pedro 2, 20b-25.

Durante la cincuenta pascual en este Ciclo A como segunda lectura se leen textos de la Primera Carta de San Pedro. La perícopa de hoy es bella e importante.

Analizamos su contenido. Podemos resumirlo así:

El cristiano está llamado a una conducta cristiana, a una moral cristiana.

El versículo 20b es punto referencial, que va a orientar el comportamiento del bautizado. No olvidemos el carácter bautismal de esta Carta. *“¿Pues qué gloria hay en soportar los golpes cuando habéis faltado? Pero si obrando el bien soportáis el sufrimiento, esto es cosa bella ante Dios”*.

Tener presente la “lógica” de una vida basada en la fe en Cristo. El comportamiento del cristiano es atípico, “ilógico”, sin sentido; repugna a la “lógica” del sentido común, de la razón. Urge defender la lógica de la gracia, que supera los cauces de la justicia. La grandeza y la exigencia del cristianismo están aquí. Esta lógica no tiene muchos defensores.

La “lógica” de la gracia queda respaldada por su fundamentación cristológica. El llamamiento a la vida cristiana y a la salvación es llamamiento “a eso”, a seguir este camino de perseverancia en el sufrimiento, por la fuerza de la esperanza. El sufrimiento injusto es “gracia”. Esta afirmación no encuentra una razón en sí misma; la razón llega de algo extrínseco: del recuerdo de la pasión.

“Pues para esto habéis sido llamados, ya que también Cristo sufrió por vosotros, dejándoos ejemplo para que sigáis sus huellas”. Versículo 21 de una gran trascendencia.

Los versículos 21-24 son parte de un himno cristológico.

22. *El que no cometió pecado, = y en cuya boca no se halló engaño*. Rápidamente nos lleva a Is 53, 9: “y se puso su sepultura entre los malvados y con los ricos su tumba, por más que no hizo atropello ni hubo engaño en su boca.”

24 *el mismo que, = sobre el madero, = llevó nuestros pecados = en su cuerpo, a fin de que, muertos a nuestros pecados, (cfr. Romanos 6, 10- 11) viviéramos para la justicia; = con cuyas heridas habéis sido curados. = (cfr. 53, 4. 12)*

Parece que al autor tuvo que modificar el “himno” utilizado para sus propios fines. El himno tenía como tema el efecto expiatorio del destino de Jesús (“por nosotros”), exactamente como el himno glosado 3n 3, 18 : *“Pues también Cristo, para llevarnos a Dios, murió una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, muerto en la carne, vivificado en el espíritu”*

El pseudo- Pedro intenta justificar el sentido del sufrimiento. Para ello recuerda la pasión, al Cristo doliente. La Pasión de Cristo como ejemplo a seguir. Queda en segundo lugar el valor de la muerte de Cristo como salvación para que aparezca su aspecto ejemplar.

Cristológicamente es importante que el hecho de que “también Cristo” padeciese, pues así confiere sentido sin más, al sufrimiento de los cristianos.

25 *Erais = como ovejas descarriadas, = pero ahora habéis vuelto al pastor y guardián (episcopios) de vuestras almas.* Hay textos del Antiguo Testamento que iluminan esta afirmación: “Como pastor pastorea su rebaño: recoge en brazos los corderitos, en el seno los lleva, y trata con cuidado a las paridas” (Is 40, 11); “y diles: Así dice el Señor Yahveh: He aquí que yo recojo a los hijos de Israel de entre las naciones a las que marcharon. Los congregaré de todas partes para conducirlos a su suelo” (Ez 37, 21)

Como dijimos el evangelio está tomado del capítulo 10 de Jn. En el ciclo A los versículos 1-10.

Las dos comparaciones que se introducen ahora, Jesús como pastor y como puerta, están estrechamente relacionadas entre sí. Jesús se dispone a ponerse en contraste con los falsos pastores de Israel (Ez 34, 1-16), representados por los fariseos que rechazaron, en vez de salvar, al hombre que recibió la vista.

El punto de partida para la comprensión de las mismas lo constituyen sus destinatarios inmediatos. Se dirige a los fariseos

La alegoría del pastor y el rebaño habla de estos destinatarios, vistos desde la relación que ellos mantenían con su pueblo.

1 «En verdad, en verdad os digo: el que no entra por la puerta en el redil de las ovejas, sino que escala por otro lado, ése es un ladrón y un salteador;

2 pero el que entra por la puerta es pastor de las ovejas”. Los vv. 1 y 2 se refieren a entrar a través de la puerta.

En los vv. 3b-5” *A éste le abre el portero, y las ovejas escuchan su voz; y a sus ovejas las llama una por una y las saca fuera.*

4 *Cuando ha sacado todas las suyas, va delante de ellas, y las ovejas le siguen, porque conocen su voz.*

5 *Pero no seguirán a un extraño, sino que huirán de él, porque no conocen la voz de los extraños.»*

Se destaca sobre todo la idea de las relaciones estrechas que median entre el pastor y las ovejas. Aquí podríamos traer a colación un abundante material veterotestamentario como trasfondo.

La figura del verdadero pastor que saca a las ovejas y las guía al pasto nos recuerda la descripción simbólica de Josué: «*Que Yahveh, Dios de los espíritus de toda carne, ponga un hombre al frente de esta comunidad,*

Uno que salga y entre delante de ellos y que los haga salir y entrar, para que no quede la comunidad de Yahveh como rebaño sin pastor.» (num. 27, 16-17)

En los sinópticos tenemos buenos paralelos en que se emplea la imagen del pastor y el cuidado que dedica a sus ovejas para describir las relaciones de Jesús con sus seguidores: “No temas, pequeño rebaño, porque a vuestro Padre le ha parecido bien daros a vosotros el Reino” (Lc 12, 32)

V. 6. *Jesús les dijo esta parábola, pero ellos no comprendieron lo que les hablaba.* . No ha de sorprendernos el hecho de que la reacción ante las parábolas esté caracterizada por la incapacidad para entender. Esta incapacidad para entender hace que Jesús se decida a explicar estas parábolas de la puerta y el pastor, del mismo modo que ocurrió en el caso de la parábola del sembrador en la tradición sinóptica.

El fallo no consiste primariamente en un problema de orden intelectual; se trata más bien de una negativa deliberada a aceptar el desafío que entrañan las parábolas. En los evangelios sinópticos ese desafío se centra en torno al reino de los cielos; en Juan se centra en torno a Jesús mismo. La conocida frase de los sinópticos “el reino de Dios se parece a...” tiene su paralelo joánico en la expresión “yo soy”

vv. 7-10: explicación de la puerta

“*Yo soy la puerta*”, esta identificación metafórica es susceptible de al menos dos interpretaciones.

La primera interpretación, que aparece en el v.8: “*Todos los que han venido delante de mí son ladrones y salteadores; pero las ovejas no les escucharon*” considera a Jesús la puerta por la que el pastor se acerca a las ovejas.

Sería muy interesante desarrollar esta idea

La segunda explicación en que aparece Jesús como puerta se encuentra en los vv. 9-10.” *Yo soy la puerta; si uno entra por mí, estará a salvo; entrará y saldrá y encontrará pasto. El ladrón no viene más que a robar, matar y destruir. Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia.*”

Aquí se trata de la puerta que conduce a la salvación, puerta no para el pastor, sino para las ovejas. Todos han de atravesar la puerta que es Jesús para salvarse, pues él ha venido (v.10) para dar la vida a las ovejas. Esta explicación tiene poco que ver con la parábola de los vv. 1-3 y es posible que se trate de una sentencia de Jesús adaptada de otro contexto.

Si consideramos el v. 10 como una sentencia aislada, se parece mucho en su estructura a Mc 2, 17: “Al oír esto Jesús, les dice: «No necesitan médico los que están fuertes, sino los que están mal; no he venido a llamar a justos, sino a pecadores.»».

La idea del v. 10 se parece a la de Jn 14, 6: “Yo soy el camino... Nadie se acerca al Padre sino por mí”

La idea de la puerta de salvación aparece en Sal 118, 20: “Esta es la puerta del Señor; por ella pasarán los justos”

En el v. 9 tenemos el tema de los que entran y salen por la puerta, que es Jesús, y encuentran pastos. Antes hemos oído que Jesús ofrece el agua viva y el pan de vida; ahora ofrece el pasto de la vida, pues en el v. 10 se aclara que al hablar del pasto, Jesús se refiere en realidad a una plenitud de vida. El don de la vida se opone aquí a la mortandad que se asocia con el ladrón.

La riqueza de contenido de la Liturgia de la Palabra es muy grande; no podemos quedarnos con el dulce sentimiento de Jesús el Buen Pastor, sino que debemos recordar el por qué y así dejarnos guiar por El

